

EL MILAGRO DEL NACIMIENTO

Geoffrey Hodson

ÍNDICE

Introducción, *página 4.*

Prefacio del Autor, *página 5.*

PRIMERA PARTE EL MILAGRO DEL NACIMIENTO.

Capítulo I - El Hombre, *página 8.*

Capítulo II - Una Teoría concerniente a la Función Creadora, *página 10.*

SEGUNDA PARTE LA FORMACIÓN DE LOS CUERPOS.

Capítulo III - El Cuerpo Mental en el Cuarto Mes, *página 15.*

Capítulo IV - El Cuerpo Emocional en el Cuarto Mes, *página 18.*

Capítulo - El trabajo de los Espíritus de la Naturaleza Observado en el Cuarto Mes, *página 21.*

Capítulo VI - Los Cuerpos Etérico y Denso en el Quinto Mes, *página 23.*

Capítulo VII - El Sexto Mes, *página 26.*

Capítulo VIII - El Octavo Mes, *página 31.*

Capítulo IX - Nuestra Señora, *página 33.*

Capítulo X - El Octavo Mes (Continuación), *página 36.*

Capítulo XI - La Proximidad del Nacimiento, *página 38.*

**“Elevad a las mujeres de vuestra raza
hasta verlas a todas convertidas en reinas;
que para esas reinas todo hombre sea un rey,
honrándose mutuamente, mirando la realeza del otro.
Cada hogar, por menor que sea, vuélvase una corte,
todo hijo caballero, todo niño un paje.
Cada cual trate a todos con civilidad,
honre en cada uno su noble alcurnia,
su regio nacimiento, pues sangre real
en todos los hombres la hay:
hijos del Rey todos lo son”.**

**Del libro del Sr. Geoffrey Hodson
“LA FRATERNIDAD ENTRE LOS
ANGELES Y EL HOMBRE”.**

INTRODUCCIÓN

En estos momentos en que la imperiosa necesidad de reducir la mortalidad materna e infantil comienza, al fin, a recibir alguna atención, la publicación de este libro es de lo más oportuno.

Sócrates nos enseñó que “el comenzar es la parte más importante de cualquier trabajo, especialmente si se refiere a algo nuevo y tierno”. En nuestros días, Sir Frederik Truby King hace notar que si se ha de mejorar la salud de la raza, los primeros diez y ocho meses (nueve prenatales y nueve post-natales) son los más importantes. Más y más se ha llegado a comprender que la base de la salud física se establece antes del nacimiento, y este libro arroja interesante luz acerca del establecimiento de esa base.

Estudios como este facilitan la mejor comprensión del milagro del nacimiento, y de este modo fomenta el respeto a la maternidad, lo cual es en verdad el distintivo de comunidades verdaderamente civilizadas. Tales estudios estimulan de manera especial a cuantos estamos al servicio de madres y sus parvulitos.

Debe notarse que el libro contiene solamente observaciones de un caso, y la dificultad de la técnica es tal, que nuevas investigaciones han de mostrar inevitablemente errores en el detalle. Esto, sin embargo, en manera alguna resta mérito al trabajo.

Cuando un clarividente toma su puesto al lado de investigadores científicos, como lo hace el Sr. Hodson, es importante recordar que hasta hace poco tiempo la clarividencia era popularmente conocida como magia negra.

Parece probable que el avance en la práctica del arte curativo debe hacerse ahora siguiendo medios que toman en consideración la vida antes que la forma en que ella habita. Si esto es así, el clarividente puede prestar servicios valiosos en el futuro inmediato, proveyéndonos con conocimientos del intrincado trabajo de la Naturaleza, capacitándonos así para que la comprendamos más y trabajemos mejor con ella.

Espero que no esté lejano el día en que el Sr. Hodson publique los resultados de nuevas investigaciones.

Londres, 1929. C. V. Pink,
L.R.C.P., M.R.C.S.

PREFACIO DEL AUTOR

Publicase este opúsculo de investigaciones con la esperanza de aportar a los conocimientos generales sobre la paternidad, un estudio desde el punto de vista teosófico.

Uno de los muchos eventos que ocurren durante el presente período de transición de la antigua civilización a la nueva es la aparición de un nuevo tipo racial. De acuerdo con las enseñanzas teosóficas, los hombres y las mujeres de este nuevo tipo serán los iniciadores y fundadores de la nueva civilización. La Teosofía enseña que el proceso de la evolución es dual; consiste, por una parte, en el desenvolvimiento de la vida y la conciencia y, por otra, en el crecimiento general hacia una norma de perfección de la materia y la forma. Sería, ideal que estos dos desarrollos complementarios marchasen mano a mano, a fin de que la conciencia evolucionante pueda hallar materia adecuada para la formación de los vehículos en que ha de encarnar.

Si este punto de vista se aceptara y se aplicase a la vida humana, se vería inmediatamente que es de grande importancia que el cuerpo de los infantes de la nueva era sea formado con el material más fino, que ellos sean concebidos para que nazcan y sean nutridos en las condiciones más favorables que fuese posible proveer.

Por lo tanto; muy pesada es la responsabilidad de quienes asumen los deberes de la paternidad. Cuerpos puros, sensitivos, refinados y llenos de salud requieren los egos avanzados que deben dirigir y guiar a la humanidad en la creación de la nueva civilización. Tales cuerpos pueden ser engendrados solamente por padres conscientes de su responsabilidad ante la raza. Los padres de los niños de la nueva era deben estar inspirados en los más altos ideales, y deben reconocer que el poder creador del hombre es arbitrio divino.

Este ensayo de estudio clarividente sobre la formación y desarrollo de los cuerpos mental, emocional y físico del hombre durante el período intrauterino, acerca de cuyos resultados se ha escrito este libro, muestra la inmensa importancia de la perspectiva mental y espiritual de los padres.

En verdad, el matrimonio y la paternidad son sacramentales en su naturaleza; la maternidad es sagrada y debería ser reverenciada. Los hijos

deberían ser producto de uniones inspiradas en el más profundo e inegoísta amor y en los más elevados ideales posibles; pues así, y solamente así, podrá cumplirse en el futuro inmediato la promesa de una humanidad más noble, y solamente así podrán nacer los hijos de la nueva raza.



PRIMERA PARTE

EL MILAGRO DEL NACIMIENTO



CAPÍTULO I

EL HOMBRE

Para que el concepto teosófico del propósito y el proceso de la encarnación pueda ser claramente comprendido, es necesario un breve examen de las enseñanzas de la Sabiduría Antigua sobre este asunto.

Vivimos en una era en la cual ha sido costumbre en Occidente considerar al hombre, ser el cuerpo. El alma, probablemente se la considera como globo que flota sobre la cabeza del cuerpo. El concepto general de aquellos que en alguna forma aceptan el alma es la de que el hombre es un cuerpo que tiene un alma. La Teosofía invierte el aserto y dice que el hombre es un alma que tiene un cuerpo. Conforme lo expresó San Pablo: “Si hay un cuerpo natural, hay también un cuerpo espiritual”. La definición teosófica es que “el hombre es aquel ser, cualquiera sea la parte del universo en que se halle, en quien, lo más elevado del espíritu y la materia más baja están unidos por el intelecto”. La Sabiduría Antigua, modernamente representada por la Teosofía, enseña que el verdadero ser del hombre yace profundamente oculto tras velos y velos de materia de varios grados de densidad.

El proceso del nacimiento es en extremo complejo, pues además de encarnar en el cuerpo físico, el hombre encarna en otros vehículos también. Aquel por medio del cual expresa sus emociones puede llamarse cuerpo emocional, y cuerpo mental aquel a través del cual expresa sus pensamientos. El mismo, el real ego, mora en regiones aún más elevadas y sutiles, en un vehículo que se denomina cuerpo causal. La verdadera alma del hombre, por lo tanto, reside en los mundos supermentales; y en ese nivel los divinos atributos de Voluntad, Sabiduría e Inteligencia se manifiestan en él mucho más libremente de lo que es posible en los mundos más bajos, donde la densidad de la materia los oculta a nuestra vista.

El propósito de la evolución del hombre - como también la del universo - es que esos tres atributos de la Trinidad lleguen a brillar con esplendor y poder crecientes. El método de la evolución es el de series sucesivas de nacimientos y muertes en los mundos mental, emocional y

físico. (Para informaciones detalladas sobre la materia, el lector debe ocurrir a la bibliografía teosófica).

El hombre es el hijo pródigo de la parábola. Todo hombre sale de su morada espiritual hacia el exterior y hacia abajo en las profundidades del universo material, vistiéndose y revistiéndose con cuerpos hasta llegar al más denso. “Y resignado satisfacíase con las cáscaras que comían los cerdos”. Finalmente, después de muchos centenares de tales encarnaciones, comienza él a, aprender la lección de la irrealidad e impermanencia de todos los placeres físicos. Un anhelo de paz y gozo más permanente y duradero brota en lo más íntimo de su ser.

Luego, se dice él a sí mismo: “Me levantaré e iré a mi Padre y le diré; “Padre, he pecado contra Ti y contra el cielo y a Tu vista; no soy digno de llamarme Tu hijo”. Aprende él que el “paraíso” puede ganarlo otra vez solamente libertándose por sí mismo de los grilletes del deseo con los cuales él mismo se encadenó a la tierra. Uno a uno deberá echarlos de sus miembros; deberá dominar toda flaqueza de la carne, conquistar y purificar todos sus deseos, controlar y purificar todo pensamiento.

Entonces la luz del verdadero hombre, el inmortal ego comienza a brillar a través de sus vehículos. Algo del poder, de la paz y la bienaventuranza características de su verdadero hogar en los mundos superiores comienza a serle perceptible y experimentado en los mundos superiores. En efecto, él comienza a hollar el “sendero del regreso” el cual lo llevará, de la completa emancipación de las tristezas terrenales y las limitaciones físicas, a la felicidad y la paz eternas. Finalmente, recibirá la bienvenida al término de su viaje, pues habrá cumplido su tarea y aprendido todas las lecciones humanas. Permanecerá al lado de su Padre, “perfecto como su Padre es perfecto en el cielo”.

*Y él no tendrá más necesidad de vivir lo que llamáis vida;
Aquello que en él comenzó al principiar, terminado está;
Realizó el propósito de aquello que lo ha hecho Hombre.
Nunca más han de torturarlo anhelos, ni pecados han de mancharlo,
Ni el sufrimiento de terrenas alegrías e infortunios
Invadirá su eterna segura paz, ni vidas ni muertes le ocurrirán.
Entra en el Nirvana. Es uno con la Vida, más no vive.
Bienaventurado es cesando de ser.
¡OM, MANI, PADME, OM! Duerme la gota de rocío
En el seno de la mar deslumbradora.*

CAPÍTULO II

UNA TEORÍA CONCERNIENTE A LA FUNCIÓN CREADORA

El método bisexual de la reproducción se ha revelado a lo largo de las edades como poderosa fuente de sufrimientos para la especie humana, de modo que casi puede perdonarse al estudiante que preguntase si los resultados benéficos obtenidos en virtud de su empleo son suficientemente valederos para contrabalancear los males a que da lugar. Un estudio más profundo de la materia desde el punto de vista teosófico nos muestra, sin embargo, que no es el método en si el que causa los muchos males asociados con la función creadora, sino su mal uso, el cual es el origen de tantas desgracias para el hombre.

Tan prominentes son esos males en los tiempos actuales que tal parece ser de suma importancia que nuestra actitud respecto de toda la cuestión sexual debería cambiar drásticamente. Deberíamos empeñarnos en remover la fealdad, el vicio y la impureza que han llegado a convertirse en parte de la función creadora.

El poder creador es uno de los atributos divinos que el hombre posee. En el ejercicio de ese poder, él representa microcósmicamente el drama macrocósmico de la creación. La fusión de los órganos masculino y femenino es un reflejo de la unión del primero y tercero aspecto del Logos, del cual el segundo procede. Es una representación sacramental del gran drama de la creación del universo. Cuando su realización es motivada por amor puro y recíproco, únense ambas mitades de Dios.

Idealmente, esa función debería ocurrir en todos los planos de la naturaleza en los que el hombre se manifiesta. A medida que la evolución del individuo avanza, el nivel de la función debería elevarse gradualmente más y más. En el salvaje, por lo general, ese nivel es físico y emocional. En el hombre civilizado se incluye el mundo mental, y se alcanza cierta medida de unión mental. El hombre evolucionado que ha comenzado a alcanzar la conciencia intuicional debería visualizar y alcanzar fusión en el plano espiritual, así como también en todos los niveles inferiores. Cuando se

alcanza la unión ideal, las dos partes de principios humanos se ponen mutuamente a tono, vibran sincrónicamente, y se funden en uno.

Cuando órganos de polaridad opuesta se unen ocurre un descenso de fuerza. La medida y cualidad de esa fuerza dependen del nivel de conciencia en que se haya realizado la unión. El descenso de fuerza produce en el hombre expansión de conciencia, la cual se efectúa en la misma medida de la unión, según ésta haya sido espiritual en su naturaleza y motivo y no meramente física. Para que pueda obtenerse la mayor ventaja posible de este hecho, la conciencia debe alejarse del plano físico y dirigirse al espiritual. Así se alcanzará el más alto nivel de fuerza, se llegará a la expansión de conciencia más grande y se aportarán las mejores condiciones para la formación de cuerpos para el ego que está en vía de encarnar.

No se puede negar que en el presente estado de conocimiento y desenvolvimiento del hombre, el método bisexual de reproducción es fuente de grandes dificultades para toda la raza humana. Si a pesar de esto aceptamos la idea de que la función mental y espiritual debería acompañar a la unión física, hemos de ver que ella puede haber sido instituida para ayudar a la humanidad a ganar expansión de conciencia y realización de unidad por medio de la actual experiencia de ella en el acto procreativo frecuentemente repetido.

El abuso del sexo era casi inevitable, y debió haber sido previsto. A despecho de la generalizada miseria que tal abuso ha producido, el abuso ha desempeñado gran papel en el desenvolvimiento de la raza, y sin duda alguna desempeñará papel más grande aún cuando sus más altas posibilidades lleguen a realizarse.

Las investigaciones clarividentes sugieren que el principio por medio de la cual la sincronización perfecta de un par cualquiera opuestamente polarizado, libera energía de planos más elevados, opera a través de toda la naturaleza. La vida que anima al vegetal, por ejemplo, recibe una vibración especial de las fuerzas de la vida planetaria, la cual desciende a ella cada vez que ocurre la fertilización. Siempre que esa respuesta ocurre, se acelera su evolución. Las flores más desarrolladas y sensitivas de nuestros días han comenzado a responder en manera creciente al estímulo de aquel descenso de fuerza. En futuras razas raíces, como en rondas ulteriores (Véase “Fundamentos de Teosofía” por C. Jinarajadasa), el orden de responder en el vegetal y en los otros reinos de la naturaleza, tenderá naturalmente a volverse mayor y más autoconsciente.

La aceptación de esta teoría del sexo coloca al hombre en grave posición de responsabilidad por lo que hace al uso y al mal uso de la fuerza creadora. En todos los reinos de la naturaleza, solamente el hombre es autoconsciente y auto dirigente en el ejercicio de la función reproductiva. El mal uso de ella, por ignorancia de su significado espiritual subyacente y de las grandes fuerzas inherentes al acto procreativo, produce resultados serios en verdad, tanto para el individuo como para la raza: menoscaba la salud física, mental y espiritual; resulta en la deterioración de la capacidad espiritual, mental y física; embota el agudo filo de todas las facultades humanas. La agudeza, la exactitud, la penetración y el genio que debieran caracterizar el poder mental del dios en evolución - o sea el hombre - cede lugar a la mediocridad y a la pereza mental.

Los nuevos cuerpos que producen quienes mal emplean su poder creador, fracasan miserablemente en la obra de proveer templos adecuados para el dios interno que debe encarnar en ellos. La atmósfera psíquica del hogar y del área donde tales prácticas ocurren, afecta no solamente a las criaturas en crecimiento, las que son en extremo sensitivas a tales influencias invisibles, sino también a todos cuantos se hallan al alcance de sus impuras emanaciones.

Estas condiciones aumentan en intensidad debido a la presencia de ciertos elementos (Inteligencias evolucionantes que habitan los mundos superfísicos, que forman parte del quinto reino de la naturaleza - el reino elemental -. Véase “Fundamentos de Teosofía” por C. Jinarajadasa) que se bañan en esa atmósfera, la cual les es sumamente agradable y estimuladora. Por su parte, esos elementales aumentan el alcance, la densidad y la fuerza de afectar los pensamientos y sentimientos y la vida de otras personas. El significado de este hecho se comprenderá más fácilmente cuando en próximo artículo consideremos los procesos por medio de los cuales se forman los vehículos sutiles y el cuerpo físico del niño.

Serios son los efectos del mal uso del poder creador causados por la ignorancia, pero casi infinitamente más graves son los que resultan debido a la continuación del mal uso después de haber adquirido el conocimiento. Es, por lo tanto, de la mayor importancia para la evolución del individuo, el progreso de la raza y la formación de la nueva civilización que el ideal de la pureza sexual sea aceptado y aplicado por todos aquellos que tienen el interés de la raza en su corazón. La unión, que es la expresión del más puro amor, puede ennoblecer y exaltar la vida y la conciencia de aquellos que alcanzan el gobierno de sí mismos y la más pura expresión de su afecto

mutuo. La unión que es mera gratificación de la pasión animal, sirve solamente para degradar el cuerpo y la mente; ella mancha el ideal de un bello sexo puro y noble, el cual debería alcanzar su más elevada expresión física en la maternidad.

Toda mujer es expresión y representación del aspecto femenino de la deidad. Al tiempo del parto la madre pone en acción su parte en el eterno drama de la creación. El hijo que ella da a luz es su universo microcósmico. La paternidad y la maternidad son el realidad un sacramento que no debe profanarse ni levemente.

Según crezca el conocimiento, se practique el gobierno de sí mismo y según aumente el amor en grandeza, en altruismo y belleza, ese ideal regirá una vez más la vida del hombre y la mujer. Nacerá entonces una raza bella que eclipsará en mucho aún la inmortal belleza de los griegos de la antigüedad. El conocimiento y el poder de las futuras razas será añadido a la belleza helénica, y con ella se formará la Trinidad esencial, únicamente de la cual podrá evolucionar una humanidad perfecta, una civilización perfecta.



SEGUNDA PARTE

LA FORMACIÓN DE LOS CUERPOS



La información que contienen los capítulos siguientes fue adquirida usando la clarividencia como medio de investigación. (Véase “Clarividencia”, por C. W. Leadbeater). Fue un examen clarividente de varios cuerpos en diferentes etapas del proceso de la gestación, comenzando el cuarto mes.

CAPÍTULO III

EL CUERPO MENTAL EN EL CUARTO MES

En el cuarto mes veíase el nuevo cuerpo mental casi incoloro, de contorno vago, de forma ovoide. Notábase en la superficie cierta opalescencia que sugería color. El interior revelaba la existencia de matices muy delicados de amarillo, verde, rosa y azul pálido con violeta alrededor de la parte superior de la periferia. Los matices eran tan delicados que sugerían colores en vez de expresarlos definitivamente - anticipaciones de las características del cuerpo mental en formación -.

Las partículas de las cuales todo el cuerpo mental estaba formándose, hallábanse en estado de rápido movimiento, y por entonces había apenas en la superficie, pequeña apariencia de centros de fuerza organizados (Véase “Los Chakras”, por C. W. Leadbeater, y “El Doble Etérico”, “El Cuerpo Astral” y “El Cuerpo Mental”, por A. E. Powell). En lo interior había la vaga apariencia de una forma humana en la cual eran visibles los centros o chakras embrionarios. Los centros de la cabeza estaban bien avanzados, especialmente el “Brahmaranda”, en cuya región la fuerza parecía verterse continuamente como a través de una abertura en la parte superior de la cabeza. También podían verse los centros de la garganta, del corazón, del plexo solar y el “muladhara”. Solamente los centros de la cabeza mostraban grande actividad, y aun éstos parecían no estar todavía desempeñando sus funciones definidas como chakras. El ego trabajaba arduamente todo el tiempo en la formación de su cuerpo, haciendo descender fuerza sobre él y cargando sus átomos con específica fuerza vibratoria.

En el caso de un ego adelantado, emplease en este proceso considerable suma de conocimiento consciente. El hombre desarrollado tiene idea clara de la clase de cuerpo que requiere y generalmente muestra firme determinación para obtenerlo.

La apariencia del embrión mental del caso que se investigaba era de un ovoide opalescente con una abertura en la coronilla. Descendía por ella un constante juego de fuerzas semejantes a una corriente de partículas de luz brillantemente coloreadas. En medio de ese ovoide hallábase la sombra

de la forma humana, y la corriente que descendía pasaba por la coronilla de ella.

El cuerpo causal, vehículo en el cual el ego o conciencia encarnante reside permanentemente, era mucho más grande y parecía incluirlo parcialmente dentro de sí, como si la parte superior del mental coincidiese con la parte inferior del causal. Véase la influencia egoica descender y penetrar en la extremidad superior del cuerpo mental como se ha descrito ya.

Todo este fenómeno estaba rodeado de deslumbradora luz incandescente que crecía en intensidad hacia el centro del cuerpo causal. La fuerza descendente mantenía los átomos del cuerpo mental en constante movimiento, y al entrar en contacto con la materia de que estaba compuesto ese cuerpo, formaba un vórtice hacia adentro a través del cual atraíase continuamente el resto de la materia.

Este movimiento, sin embargo, no afectaba la forma general, la cual permanecía ovoide, según se ha descrito previamente. A pesar de que la forma humana era visible dentro del ovoide, no debe pensarse que era hueca, antes bien, sólida masa translúcida de materia en rápido movimiento.

Cada átomo del cuerpo pasaba a través del vórtice y de la corriente que lo producía, era magnetizado por ella, brillaba más intensamente y luego gradualmente volvía menos brillante al deslizarse a otras partes del cuerpo mental. Los colores de aquella corriente parecían variar, y ello sugería que el ego estaba construyendo conscientemente facultades definitivas y que estaba magnetizando su cuerpo mental con vibraciones específicas.

Había una continua acción recíproca entre el creciente Cuerpo mental del feto y el de la madre. La conexión entre ambos producía el efecto de dar estabilidad y cohesión al nuevo cuerpo, al mismo tiempo que el brillo y la frescura del aura del niño impartían adicional brillantez a la de la madre. Era interesante comparar la condición relativamente fija y rígida del cuerpo mental más viejo con la suprema elasticidad y fluidez del nuevo cuerpo.

Fuera del área de esta actividad veíanse ciertos ángeles (Véase mis libros “El Reino de las Hadas”, “La Fraternidad de los Ángeles y del Hombre”, “La Hueste Angélica”). Uno de ellos trabajaba al nivel mental y parecía tener a su cargo la formación de tres cuerpos, y otro, de carácter un tanto subordinado, trabajaba al nivel emocional. El deva mental parecía ejercer influencia protectora, permitiendo que solamente ciertos grados de vibración procedentes del mundo exterior llegaran al nuevo cuerpo mental.

Tal parecía que él poseyera completo conocimiento de esas influencias que son resultado de encarnaciones anteriores y que estaban modificando el crecimiento y la formación de los nuevos cuerpos mental, emocional y físico.

En el aura del ángel podían verse algunas de las anteriores personalidades del ego encarnante. Una de ellas parecía haber sido la de un hombre del período isabelino, daba la impresión de que la nueva vida iba a ser continuación del trabajo y desarrollo de esa encarnación. Agrupadas alrededor de esa imagen del cuerpo físico en el aura del ángel, veíanse muchas formas de hombres y mujeres del mismo período, que aparentemente representaban personas con quienes había formado lazos kármicos. Algunas de ellas sonreían, otras tenían aspecto ceñudo y no pocas mostrábanse indiferentes. Probablemente su disposición de ánimo y expresiones mostraban las relaciones kármicas entre ellos y el ego cuyo descenso a la reencarnación se estudiaba. Al nivel del cuerpo causal había otro gran ángel que asistía en el proceso reencarnatorio, a quién le era conocida la totalidad de las vidas pasadas y el karma del ego. Y él pasaba a su hermano, del nivel mental inferior, la sección particular de karma que debía ser agotado en la vida naciente.

Bajo tales auspicios y custodia procedía la encarnación mental. Los devas subordinados seméjase en mucho a un fogonero encargado de alimentar enorme hoguera con fresco combustible. Esta nueva materia entraba en la circulación del cuerpo mental anteriormente descrito y, al pasar a través del vórtice, volvíase especializada por el ego. En esa fase incipiente del proceso de la encarnación, no parecía que el ego hubiera entrado completamente en el cuerpo mental, aunque ya estaba activamente empeñado en su construcción. Sin embargo, la forma diáfana dentro de él, hasta cierto punto, era expresión y vehículo de su conciencia, la cual gradualmente comenzaba él a usar como tal.

CAPÍTULO IV

EL CUERPO EMOCIONAL EN EL CUARTO MES

El trabajo del ángel a quien estaban encomendadas las tareas en el nivel emocional, consistía extensamente en obtener el mejor vehículo posible dentro de las circunstancias y el medio ambiente kármicos. Conocimiento de la situación kármica, hasta donde afectaba el cuerpo emocional, le era dado a él (Uso el género masculino por conveniencia solamente, pues los ángeles no tienen sexo) por los ángeles del nivel mental. No obstante, se le permitía cierta amplitud de acción, y el ángel aprovechaba toda circunstancia prenatal favorable y toda influencia benéfica relacionada con previas encarnaciones a fin de modificar el efecto de las vidas pasadas y mejorar el cuerpo emocional. Parecía que este ángel no hacía por sí mismo trabajo de formación alguno. Tal, según veremos más adelante, era obra de los espíritus menores de la naturaleza.

El ángel velaba por el crecimiento de la forma astral con cuidado verdaderamente maternal, protegiéndola en lo posible de toda influencia adversa. El permitía que su propio magnetismo actuase libremente sobre la forma creciente, compartiendo con ella en cuanto era posible sus propias vívidas fuerzas vitales. Algunas veces, por ejemplo, recogía dentro de sí mismo el pequeño cuerpo astral, rodeándolo con su aura e inclinando la cabeza, como para mantenerlo por cierto tiempo envuelto.

Este ángel ejecutaba su trabajo con actitud mental científica, y aunque hallaba grande alegría en ello y sentía ternura hacia el niño, su actitud mental era la de quien deliberadamente aplica ciertas fuerzas para producir un resultado claramente definido. Cuando el ambiente preveía definida energía espiritual, por ejemplo, durante el tiempo en que la madre asistía a un servicio religioso en la iglesia o a cualquiera otra reunión espiritual, él absorbía de esa energía cuanto le era posible. El ángel entonces mantenía el creciente cuerpo astral dentro de sí en la forma antes descrita, a fin de que la energía lo envolviese completamente, magnetizándolo y modificando cualesquiera tendencias kármicas adversas. De esta manera

producíanse condiciones de más fácil reacción a las vibraciones superiores y, por consiguiente, de menor reacción a las inferiores.

En un caso que se examinaba, el padre y la madre habían practicado por muchos años un sistema regular de meditación diaria. Se descubrió que esto había sido de valor inmensurable, y de ello el ángel derivaba gran número de ventajas.

En las localidades densamente pobladas de las grandes ciudades, el trabajo del ángel consistía en su mayor parte en la protección del embrión y su cuerpo astral contra las influencias adversas. En lugares donde la atmósfera psíquica es muy deletérea el ángel puede llamar a uno o más de sus hermanos para que le ayuden en el trabajo.

El puede producir efectos indirectos sobre el cuerpo etérico y el físico. Por lo tanto, podría atenuar los resultados de un accidente ocurrido a la madre o los de un medio ambiente adverso en ese nivel, dentro de los límites kármicos del ego. En el caso de un sobresalto ocurrido a la madre, por ejemplo, él podría aislar de ella al embrión por medio de proceso de envolvimiento previamente descrito, atenuando así los efectos de una interacción muy íntima.

El factor principal en todo el trabajo del ángel, sin embargo, es la actuación y la palpitación de sus propias fuerzas vitales alrededor y a través de los vehículos que están a su cuidado.

El cuerpo astral de un feto parece estar incluido dentro del de la madre, y en el caso que dio origen a estas descripciones, en el quinto mes ocupaba la posición correspondiente al espacio entre la tercera parte del fémur y el margen inferior de las costillas. Aparecía yacer oblicuamente, con el eje inclinado a través de la madre a un ángulo aproximado de 45 grados, en relación a la posición horizontal. El polo superior hallábase al lado izquierdo. Tenía la apariencia de un ovoide pequeño, de unos treinta centímetros de largo, casi completamente blanco y lúcido con cierta radiación. Dentro de la radiación podía verse la miniatura de una vaga forma humana que en esa etapa se definía apenas perceptiblemente.

Podía verse la corriente de vida egoica entrar en el cuerpo astral por su parte superior y penetrar en el centro de la cabeza. No había descendido todavía más abajo del punto correspondiente al medio de la cabeza, donde se ampliaba en forma de esfera, de la cual se proyectaba un pequeño proceso que era semejante a una raicita, la cual, a eso del quinto mes había llegado hasta la garganta, donde a su vez, aparecía abrirse, no en esfera sino en ramificaciones, de las cuales tres podían discernirse. Este proceso con

sus ramificaciones era dorado y radiante, y a medida que se extendía por el cuerpo formaba una red, la cual se extendía parcialmente y volvíase compacta según progresaba el desarrollo del cuerpo.

La forma astral céntrica estaba en relación espacial con los cuerpos físico y etérico a los cuales interpenetraba y circundaba. Los átomos astral y etérico permanentes estaban situados ahora en el lugar en que ocurría la primera amplificación de la corriente de vida egoica descendente antes mencionada, es decir, en el centro de la cabeza, en un punto que era también el centro de la cabeza física del embrión.

El aura de la madre no parecía interpenetrar muy libremente la del niño. Aunque había cierta comunicación entre ambos, el cuerpo emocional de la madre movíase alrededor del cuerpo del niño, y definitivamente crecía en volumen debido a la presencia de la forma que dentro de él se desarrollaba.

CAPÍTULO V

EL TRABAJO DE LOS ESPÍRITUS DE LA NATURALEZA OBSERVADO EN EL CUARTO MES

El embrión participaba del plano físico de la madre, el cual en esta etapa fluía generalmente a través de él sin que hubiera canales definidos para ello. La mayor parte provenía del plexo solar de la madre hacia el punto correspondiente del embrión, desde donde pasaba libremente a toda la forma embrionaria. Había, sin embargo, una pequeña concentración de prana en la cabeza del embrión, pero el centro esplénico no estaba en actividad por entonces. La presencia del embrión en el vientre de la madre, ciertamente hacía sus demandas sobre la vitalidad de ella. A pesar de eso, ella podía absorber y asimilar una cantidad mucho mayor en proporción.

Los espíritus de la naturaleza también proveían cierta cantidad de vitalidad, la cual el embrión recibía cada vez que ellos depositaban la materia etérica en la radiante forma embrionaria (Para la descripción detallada de este proceso, según ocurre en el reino vegetal véase mi libro, “El Reino de las Hadas”). Ellos absorbían el prana durante el período en que reunían el material. Este proceso hacía que sus cuerpecillos adquiriesen mayor expansión y fulgor; y el doble etérico del embrión también fulguraba en la región en la cual ellos descargaban las partículas de materia y las de vitalidad.

Estos espíritus constructores de la naturaleza eran visibles en el vientre materno en el nivel astral en que ellos parecían trabajar. En ocasiones semejaban rayo de luz opalescente; a veces, luminosos puntos coloridos que se movían, rápidamente alrededor, dando la impresión de grande actividad. Cada uno de los destellos tenía su centro luminoso, con un diámetro aproximado de un milímetro y medio, rodeado de una minúscula aura de color brillante que tenía tres veces el diámetro del centro luminoso. Los espíritus constructores también absorbían materia del exterior, la asimilaban y la descargaban en el feto. Esta absorción ocurría en el ambiente libre, en el vientre y alrededor de él. Ellos “tomaban” y absorbían

la materia que venía, la cual era impulsada hacia el feto por medio de las corrientes de fuerzas. Luego pasaba ella por un proceso de asimilación análogo al de la digestión. Terminado este proceso, los espíritus de la naturaleza volvían hacia el feto, se sumergían en él y depositaban el nuevo material.

Había centenares de estas minúsculas criaturas en el trabajo, todas de la misma apariencia, todas usando el mismo método. Sin embargo, no todo el material que venía pasaba por ellos; una parte entraba directamente en posición según queda descrito, mientras que otra entraba en el área del vientre, y allí permanecía, podría decirse en suspenso, hasta que los espíritus de la naturaleza la asimilasen y la emplearan en la formación del feto.

En la vecindad del vientre, en los niveles astral y etérico, había una distinta nota musical perceptible, semejante al delicado zumbido que se oye cerca de las colmenas de abejas - era emitido principalmente por el átomo permanente -; pero, como todo el doble etérico del embrión y los espíritus de la naturaleza que trabajan en él vibran al mismo ritmo, el vientre estaba lleno de aquel sonido etérico.

Esa vibración ejecutaba una influencia formativa y protectora. Actuaba continuamente en la formación del cuerpo en crecimiento y, al mismo tiempo, mantenía dentro de su esfera de influencia una condición dentro de la cual solamente vibraciones armoniosas y material “a tono” podían penetrar.

CAPÍTULO VI

LOS CUERPOS ETÉRICO Y DENSO EN EL QUINTO MES

Durante el quinto mes se notó progreso definitivo en todo el proceso descrito en los capítulos precedentes. La conciencia del ego comenzaba a tocar el nivel emocional y a influenciar directamente la formación del cuerpo emotivo. La formación y el crecimiento del vehículo mental estaban suficientemente avanzados para permitirle al ego retirar de ese trabajo su atención. La línea de comunicación entre el ego y el feto se había ensanchado gradualmente. Durante el cuarto mes esta conexión que aparecía como un rayo plateado azul, era aproximadamente de cuatro centímetros de diámetro, en tanto que durante el quinto mes había llegado a seis centímetros y medio. En su descenso desde los mundos superiores ese rayo entró en el cuerpo de la madre por el costado izquierdo, ligeramente hacia atrás, al punto de cambio de las vértebras torácicas y lumbares. Tocaba el borde superior del chakra esplénico y de allí iba al interior de la cabeza del feto.

La forma del cuerpo físico se decide conforme a la del molde etérico dentro del cual lo construyen los espíritus de la naturaleza. Este molde es producido en parte por el poder formativo del “sonido” vibratorio emitido por el cigote y el átomo permanente (Véase el Capítulo V), y parte por los Señores del Karma. Quienes lo modelan de acuerdo con al karma del individuo. Está dotado con cierta vida elemental propia, y es una precipitación en forma humana del karma físico del individuo. Es pasivo, en el sentido de que no puede iniciar acción alguna, pero ejerce influencia positiva en el crecimiento del feto.

Una función posible del molde etérico es la de posibilitar al feto paso seguro a través de las repetidas etapas evolutivas del pasado hacia la forma humana presente. El propio molde no parece peregrinar a lo largo de esas etapas, aunque sólo gradualmente él asume el desarrollo completo de un niño. El realiza también función inhibitoria que lo capacita para impedir que ciertas influencias y condiciones de la madre afecten al feto. En casos de

sobresaltos sufridos por ella, por ejemplo, el servirá como almohada o muelle amortiguador. No obstante, las influencias que están dentro del karma del ego pasan a través de él, y lo modifican en virtud de ese pasaje y, asimismo, afectan el crecimiento del feto.

El molde, en el caso que examinamos, estaba situado en la matriz y parecía ser el perfil de un bebé, focalizado bajo blanca luz; estaba formado de materia etérica que en la superficie exterior se comprimía a manera de cubierta o “piel”. El efecto general era de blanco y tremolúcido bebé bañado por la luz de la luna, con luminosidad levemente inestable. Las facciones no estaban claramente definidas aún pero esbozábanse levemente.

Veíase el procedimiento de la construcción del cuerpo físico en la matriz. Muchas corrientes de fuerza convergían sobre él, y había actividad intensa entre los espíritus constructores de la naturaleza en los niveles físico, etérico y astral. Tal parecía que el feto actuaba como magneto: hacia él eran atraídas continuamente las partículas en su curso hacia el punto donde se agregaban y hallaban su posición en el cuerpo. Corrientes de fuerzas accionadas por la emisión primaria de los “sonidos” vibratorios ya referidos, mostraban después tener influencia sobre esa materia, conduciéndola a diferentes partes del cuerpo de acuerdo con su frecuencia o ritmo vibratorio.

El ego también afectaba esa materia por medio del rayo de luz descrito. Veíase fuerza egoica descender continuamente por el canal luminoso, estableciendo su propia vibración específica sobre las partículas que llegaban. Esa materia, atraída de todos lados, precipitábase hacia el cuerpo de la madre, era cogida inmediatamente por las corrientes de fuerza que rodeaban al feto y puesta por ellas en posición en el cuerpo en crecimiento. Una de tales corrientes unióse al doble etérico del observador, resultando de esto que toda materia que en el cuerpo de éste tenía frecuencia o ritmo vibratorio correspondiente al de aquella corriente particular era llevada hacia el cuerpo del embrión.

El extremo de la saeta o rayo luminoso desde el ego hasta la madre formaba un “corazón” astroetérico dentro del feto en un punto correspondiente más o menos al plexo solar. Gran parte de la energía vital del cuerpo estaba también concentrada en este centro, de donde era distribuida para servir de estímulo al crecimiento de las células físicas, para vitalizar el cuerpo y aumentar la fuerza original de atracción que llevaba materia etérica a la matriz.

En el momento de la fertilización desciende un destello de luz desde el más alto nivel espiritual del ego hacia el espermatozoide, le da su impulso creador y energía, y provee la fuerza para el proceso anteriormente descrito.

Liberase entonces la fuerza de atracción, y comienza a operar desde el momento en que se forma una entidad por medio de la combinación de las fuerzas positivas y negativas del espermatozoide y el óvulo. La combinación de estas dos fuerzas en condiciones especiales, es decir, en posesión de energía biológica e ímpetu, induce el flujo de fuerzas desde el plano astral. Inmediatamente ocurre esta condición en casos en que un ego debe encarnar: el átomo físico permanente - depósito de las experiencias físicas de vidas anteriores - es ligado al cigote. Desde ese momento la fuerza de atracción comienza a operar. Ella pertenece al orden vibratorio del sonido, y “llama” a los espíritus de la naturaleza de diferentes grados y diferentes tonalidades vibratorias.

Esa fuerza provee también aislamiento etérico, dentro del cual puedan tener lugar las operaciones formativas que se han descrito anteriormente. Cuando ella tropieza con la materia circundante, imprime su propia frecuencia vibratoria sobre ella, y así la prepara para la asimilación que incumbe a los espíritus de la naturaleza. El flujo de fuerza desde el astral al etérico aumenta con el crecimiento del feto, de modo que la fuerza de atracción se extiende gradualmente hasta alcanzar todo el tamaño de la matriz. A medida que el crecimiento continúa y la formación de órganos especializados se aproxima, nuevas series de vibraciones se agregan a las existentes y nuevos tipos de espíritus de la naturaleza y materia entran en acción.

CAPÍTULO VII

EL SEXTO MES

Así como se acercaba el séptimo mes notábase considerable aumento de actividad en todos los niveles. Todos los procesos anteriormente observados eran objeto de aceleración; el ego ponía en sus cuerpos más y más de su propia energía vital.

El foco de la conciencia egoica había descendido a través del cuerpo mental hasta el astral, el mismo que luego dejaría para establecerse en el etérico. Por este tiempo el cuerpo astral ya era capaz de servirle considerablemente al ego como vehículo para recibir impactos desde el plano astral. El funcionamiento de las vibraciones y la conciencia a través de ellas, claramente producía definida función orgánica, y los chakras comenzaban a ser visibles. El ego mismo, habíase vuelto, en su propio plano, más vivo y más responsivo a los impactos externos. Ahora, mucho más fácil era ponerse en contacto con él y obtener respuesta. Tal parecía que el progreso favorable en la construcción y crecimiento de los nuevos vehículos le permitían libertad para ponerse en contacto con la vida en el plano causal. El determinado ego cuya encarnación se observaba, era de alguna distinción, belleza de carácter y fuerza de voluntad. La forma humana, idealizada en el más alto grado, era discernible en el nivel causal. Radiantes y gloriosos en la expresión, luminosos con amor y delicados eran los ojos y el rostro, no obstante esplendorosos con poder. La forma causal que se me grabó en el cerebro físico no fue tanto la de una forma humana completa, sino la belleza del rostro y los ojos - la fisonomía, podría decirse, del “Dios interno” -.

El contacto más íntimo que pude obtener con el ego durante esa etapa, me permitió participar, en cierto modo, de las condiciones inherentes a la nueva encarnación. La impresión dominante fue similar a la de quien despierta de un largo sueño maravilloso reparador, y se siente completamente restaurado y lleno de radiante frescor, vitalidad y fuerza. El ego que había experimentado ese despertar parecía haber alcanzado su máxima estatura al hallarse en el umbral de su nuevo ciclo de encarnación:

su atmósfera toda era la de una maravillosa aurora primaveral. Grandes esperanzas acariciaba para ese nacimiento. Abiertos a la madurez estaban los planes concebidos en el largo silencio del reposo celestial. Resplandecía la conciencia con esquemas extensos de trabajo y admirables medios de autoexpresión, semejantes a los del artista al comenzar un nuevo cuadro que ha de expresar ampliamente la totalidad de sus aspiraciones estéticas.

Evidenciábase con frecuencia, durante el curso de estas investigaciones, el fenómeno de la multiplicidad de poder de la conciencia en el nivel causal. El hecho de mi propio contacto con él, en manera alguna afectaba la concentración de fuerza que se dirigía hacia la formación de los nuevos cuerpos.

El rayo de luz, previamente referido, que parecía conectar al ego con el embrión se veía surgir desde un punto en el interior del cuerpo causal correspondiente al plexo solar de la forma humana. Luego, como saeta de luz en forma de embudo, pasaba hacia el cuerpo mental, al que entraba por la parte superior y, atravesándolo, de manera similar entraba en el cuerpo astral y, finalmente al embrión.

A los seis meses y medio esa saeta luminosa tenía unos quince centímetros de anchura en los niveles mental y astral, y diez en el etérico y el físico denso. La vida y la fuerza egoica fulguraban arriba y debajo de aquella saeta, la que además de formar una línea de comunicación entre el ego y el cuerpo físico, servía también para mantener en perfecto alineamiento los cuatro vehículos personales unos con otros.

Las limitaciones de la conciencia cerebral me impedían traducir la exacta y recíproca relación de los cuatro cuerpos y el curso de la saeta luminosa. Podrían representarse los vehículos en un diagrama como tejiéndose en la saeta luminosa, la que podría concebirse como atravesando alternativamente de arriba a abajo cada uno de los vehículos hasta llegar al físico. Esto podría ser verdadero en forma de diagrama, pero no es así en realidad, pues aunque los cuerpos aparecieran ocupando la posición de uno sobre otro, había también cierta superposición del más elevado, en relación al que le seguía más abajo, como si la mitad superior de uno ocupase la mitad inferior del otro. Tal vez esta no sea una exposición tridimensional enteramente verdadera, de los hechos; sin embargo es la más apropiada que puedo alcanzar en la conciencia cerebral. Al observar este fenómeno con la visión y la conciencia de los planos superiores, la comprensión que de ellos formaba me parecía del todo completa.

El paso de esa saeta luminosa a través del cuerpo mental, ahora casi completamente desarrollado, mantenía dentro de éste el proceso de magnetización. El vehículo mental era más grande y luminosamente más brillante de lo que era durante el mes anterior. Por este tiempo había alcanzado la altura de un metro y cuarenta centímetros. Minúsculas e innumerables partículas, intensamente coloridas y en movimiento activo, dentro y en la superficie del cuerpo, producían trémula opalescencia. La apariencia del cuerpo mental no era diferente a la de la nieve, visto a la luz de fuertes rayos solares cuando los cristales producen efectos prismáticos. Su formación era definitivamente más densa de lo que había sido un mes antes. Las partículas coloridas estaban más uniformemente distribuidas y el cuerpo era más homogéneo.

Veíase ya la forma humana interior bien definida, y el hombre mental comenzaba a mostrar, distintamente, cierto grado de autoconocimiento. La maravillosa atmósfera de frescor y prístina pureza observada en el nivel causal, era también marcada característica en el mental.

A medida que se acercaba el séptimo mes, la mayor parte de la actividad del ego concentrábase en el cuerpo astral. El método que se empleaba era similar al ya descrito con respecto al mental, pero aquí la materia era menos responsiva. Había la apariencia de una abertura circular en la parte superior del cuerpo astral, cuyo borde estaba claramente formado como la corola de una flor, lo cual sugería una composición de pétalos inclinados alrededor de la periferia de dicho cuerpo, acondicionándose a la forma ovoide del mismo. La saeta de luz penetraba por la abertura circular que daba la idea de un chakra Bramahranda embrionario. El centro de la saeta pasaba a través del corazón de la “flor”, el cual tenía aproximadamente cinco centímetros de diámetro, en tanto que el de toda la flor era de quince centímetros por lo menos y tenía la semejanza de un girasol de gran tamaño. Los pétalos se doblaban para abajo y hacia adentro, con dirección al centro, y en forma de un pedúnculo alargado pasaban por encima de la cabeza del doble astral hacia el centro de éste, donde había un punto que refulgía con la gran luminosidad de un dorado anaranjado.

A partir de este punto, la fuerza descendente lanzaba cuatro rayos cruciformes que seguían las líneas de las suturas del cráneo físico. La corriente principal de fuerza egoica iba aún más abajo a través del chakra de la garganta, donde había una concentración de fuerza, hacia el corazón, y de allí al plexo solar. Esos tres centros de fuerza eran visibles en el embrión.

Por entonces el ego actuaba todavía sobre el cuerpo astral desde lo alto, y no en el interior de él, al paso que ya había comenzado a vislumbrar en el nivel mental.

A la sazón, el cuerpo astral ocupaba un espacio desde los hombros hasta las rodillas de la madre, en posición casi erecta, ligeramente inclinado del hombro derecho a la rodilla izquierda. El aura materna extendíase proporcionalmente y podía incluir la del niño. La distinción y separación entre las dos auras eran aún perceptibles.

El niño “astral” hallábase en situación de somnolencia plena de ensueños; los varios cambios de conciencia parecían en el cuerpo astral como tenues mudanzas de matices que lo circundaban y atravesaban. Ocasionalmente el “niño” era despertado de ese estado de conciencia por los impulsos del ego, y levemente movíase como alguien que estuviera semidormido. El efecto general en el cuerpo astral de esas actividades soñadoras de conciencia emotiva en su alborear, semejaban las pausadas mutaciones de los celajes cuando el sol se hunde en el ocaso. Culminaba este efecto con la aparición del propio doble astral, que brillaba con la luminosidad trémula del sol al levantarse en el horizonte.

El embrión físico parecía servir de fulcro o ancla para el ego. El contacto directo entre ambos tenía efecto estabilizador sobre los cuerpos sutiles para mantenerlos “en línea” y bajo el gobierno del ego. El embrión físico sentía la acción de la fuerza proveniente de los planos más altos como impulso continuo en busca de movimiento.

Las conciencias físicas, etérica y astral eran una unidad en este período del desarrollo; la percepción interna de poseer esa identidad estaba situada especialmente en el nivel astral.

En el nivel físico la corriente de fuerza que representaba la conciencia del ego estaba concentrada sobre la cabeza del feto y dentro de ella, de donde descendía a la espina dorsal, mostrándose de color de luz amarillenta, casi clara. Era interesante observar la diferencia entre esta fuerza y la saeta o rayo luminoso de fuerza egoica que servía de unión y pasaba del cuerpo astral a la cabeza, descendiendo a lo largo de la garganta y el corazón y terminando, finalmente, en el plexo solar. Esta última corriente, que era claramente visible en el feto, fluía con la corriente cerebro espinal hasta la vértebra atlas del embrión, a través de las cuales ambas descendían abajo de ese nivel, sin embargo, las dos corrientes seguían rumbos diferentes.

Podía verse el pulsar de la sangre con los latidos del corazón del embrión físico, el que también parecía poseer un leve sentido de calor y

somnolenta quietud. Ocurre una aceleración cuando el impulso consciente del ego, después de haber pasado a lo largo de los cuerpos mental y astral, toca al embrión físico por la primera vez. Puede decirse que la encarnación física comienza en ese momento, pues es entonces que el ego tiene su primer contacto consciente con su nuevo cuerpo físico.

CAPÍTULO VIII

EL OCTAVO MES

La observación siguiente fue hecha en el octavo mes, cuando se notaba grande incremento de actividad y mayor expresión de la fuerza de vida egoica en los tres planos. El ego mismo dirigía parte mucho más grande de su conciencia hacia el plano físico. A la sazón había él establecido un foco o centro de conciencia dentro de la nueva personalidad, de modo que él mismo era ahora menos “extraño” de lo que había sido en los meses precedentes. Este hecho parecía traerle más limitaciones que en cualquiera otra circunstancia, aún después que la personalidad haya adquirido la vida adulta.

En otras palabras, parecía que el ego ponía más de sí mismo en su personalidad en este periodo, un mes antes del nacimiento, que en cualquiera otra fase de la encarnación. A pesar de este hecho, sin embargo, quedábale al ego, en el plano causal, grande libertad de conciencia egoica y de acción.

Por ese tiempo, la saeta luminosa al dejar el cuerpo causal había alcanzado unos treinta y cinco centímetros de anchura, y podía verse por medio de ella, que la glorificada forma humana del Dios interno, en intensa concentración, contemplaba el cuerpo físico del niño.

La conciencia del ego estaba firmemente establecida en los cuerpos mental y astral, y había penetrado a través de los bajos niveles astrales en el cuerpo etérico, sobre el cual sus poderes actuaban ahora libremente.

Los cuerpos mental y astral parecían estar terminados y parecerse el uno al otro. Ambos presentaban en la superficie la apariencia de la iridiscente albura de las perlas y estaban rodeados de emanaciones y radiaciones del mismo color. Los átomos de que se componían vibraban aún con mayor rapidez, y en el interior de ambos notábase movimiento continuo.

Veíase la saeta o rayo de luz del ego pasar por la depresión de forma de embudo en la parte superior del cuerpo mental, al entrar en la cabeza del doble mental a la altura de la fontanela anterior, y luego agrandarse hasta

incluir toda la cabeza. El mismo cuerpo mental se había alargado y medía más o menos un metro y medio de altura; la forma humana central había “crecido” y medía alrededor de un metro.

Aunque la formación de este cuerpo parecía completa, él no percibía el ambiente exterior que le rodeaba ni podía ser usado como vehículo separado. Conforme a lo dicho anteriormente, el foco de conciencia estaba por ahora en el nivel astroetérico, solamente de paso por el cuerpo mental y vivificándolo.

En el nivel astral se había operado progreso proporcional donde el cuerpo había crecido, extendiéndose desde los hombros de la madre hasta un punto medio entre las rodillas y los tobillos. El ángel astral asociábase estrechamente con el cuerpo mencionado. Al tiempo en que se hacía esta observación, él aparecía detrás de la madre, con la mitad del nuevo cuerpo astral incluido dentro de su aura, formando una protuberancia semejante a un huevo multicolor.

La conciencia del ángel hallábase en estado de ininterrumpida concentración en el ser a su cuidado; tenía en ello el esmero más grande y posible, cobijándolo y protegiéndolo de las influencias exteriores. Toda su actitud era la de quien estuviera en la producción de una delicada obra de arte; algo tan raro, tan precioso y maravilloso que el más grande esfuerzo, el mayor cuidado aun reverencia debían ponerse en acción para llevarlo a la perfección.

En cierta manera, semejante era la asistencia que el ángel prestaba a la madre. Su bellísima aura angélica cubrirla a manera de manto echado sobre ella desde atrás; era de un bello azul y cubría el ángel y a la madre como manto aúrico provisto de un capuz que pasaba sobre la cabeza del Deva, dándole notable semejanza a Nuestra Señora. Un luminoso brillo azulado daba excepcional belleza a la parte superior del aura del ángel, como si llevara un manto de luz viva.

CAPÍTULO IX

NUESTRA SEÑORA

Hallamos que el cambio en la apariencia del ángel, observada en el octavo mes, era producida por un descendimiento de fuerzas de los mundos superiores que, pasando a través del ángel, iban hacia la madre y el niño. Mi empeño en descubrir el origen de esas fuerzas me llevó a un nivel de conciencia generalmente más allá de mi alcance, y en esos dominios espirituales donde desperté bajo su influencia, revelose la presencia de aquella personificación del principio femenino de la divinidad, la cual entre los pueblos antiguos era reconocida como Isis, Venus e Istar, y en tiempos más modernos como la Virgen María. Aún a pesar de mi visión inexperimentada e imperfecta, gran parte de Su gloriosa belleza y perfección me era evidente.

Ella es radiante y bella, más allá de toda descripción: brilla como la encarnación de la femineidad perfecta, la apoteosis de la belleza, del amor y de la ternura. Hallábase en ella la gloria de toda la divinidad. Felicidad resplandeciente, éxtasis de gozo espiritual refléjase en sus ojos maravillosos.

A pesar de la intensidad de Su exaltación, Su mirar es suave y tierno, lleno en cierta manera de las alegres risas del niño y del profundo y tranquilo contentamiento de la madurez.

Su espléndida aura de suaves pero brillantes tonalidades forma un luminoso nimbo de gloria a Su alrededor, velando y al mismo tiempo revelando Su amor inmortal. El azul profundo, el blanco argentino, el rosado, el áureo amarillo y el verde del tierno follaje primaveral fluyen continuamente en sus delicadas vestes áuricas en ondas y ondas de viva luz y color. Una y otra vez el rico azul profundo permea toda el aura de la Virgen, iluminada por estrellas y destellos de matices argentados.

Los ángeles de la guarda son sus servidores y mensajeros. Por medio de ellos siempre ha estado Ella presente cuidando de la madre y el niño. Su paz, Su amor y profunda compasión los ha cubierto, atraída por la proximidad del sacramento de la maternidad, y el misterio del nacimiento.

Ahora, al acercarse la hora del parto, ella se aproxima tan cerca que sus ángeles servidores se parecen a Ella a medida que más y más Su fuerza vital y conciencia se manifiestan en ellos y a través de ellos. Día tras día más se acercaba Ella hasta que la presentación tuvo lugar en Su Presencia actual.

Además de la ayuda que Su Presencia da a los egos de la madre y del niño en todos los niveles, y las influencias armonizantes y calmadoras que esa ayuda infunde, Ella vigila muy de cerca los cambios mentales y emocionales de la madre, sufriendo con ella todas sus experiencias, compartiendo aún sus dolores. Al mismo tiempo Ella ayuda a aumentar esas expansiones de conciencia que en cierto grado ocurren a toda madre durante el periodo de ese su sacrificio.

Esas expansiones significan crecimiento, tanto para el individuo como para la raza. Nuestra Señora vela por la raza del futuro, cuando el matrimonio y la paternidad han de ser exaltados entre los hombres y se les dé su debido propio lugar en la vida humana como sacramentos espirituales, por medio de los cuales solamente podrá nacer una raza pura - pura como Ella - capaz de revelar un tanto de Su divina perfección. Nacerán entonces cuerpos dignos de ser habitados como templos por los Dioses en evolución.

Conforme meditaba yo en ello y me esforzaba en tocar la orla de su poderosa conciencia, percibí que ella trabaja continuamente para imprimir estos grandes ideales en la humanidad. Ella es una con todas las mujeres de la raza humana de este planeta; voluntariamente absorbe en Sí los sufrimientos de ellas, comparte con ellas las aflicciones y dolores del parto, con ellas sufre la aspereza y la brutalidad que mortifican la vida de las infelices. Todo esto lo recibe Ella en Sí a fin de compartir más íntimamente con Sus hermanas de la tierra Su propia divina compasión. Su fortaleza, Su perfecta pureza, Su presencia vivificadora, y les prodiga la bendición de la Madre del mundo.

Ví también que Ella participa en las alegrías del primer amor; que toda la felicidad de afecto verdadero entre el hombre y la doncella halla eco en Su corazón y que Ella la aumenta desde el ilimitado océano de Su propio perfecto amor y ardiente alegría. Nuestra Señora procura aumentar, bendecir, enriquecer y purificar toda esa maravillosa profundidad de amor que puede nacer en el corazón de la mujer. Toda la concupiscencia en que a menudo suele pervertirse el amor. Ella lo sabe y procura transformarla, recibiendo el veneno en Su propio corazón para convertirlo en una poción de verdadero amor y esparcirla como fuerza poderosa que eleve a las

mujeres del mundo entero, que exalte el amor humano y purifique el sacramento de la paternidad.

Así cumple Ella Su interesante parte en el Plan y toma Su puesto en la Jerarquía de Aquellos que, no obstante haber aprendido a vivir en lo Eterno, se someten voluntariamente a la prisión del tiempo.

CAPÍTULO X

EL OCTAVO MES (Continuación)

Continuemos la relación de las investigaciones acerca del progreso de la encarnación en el octavo mes. Por este tiempo estaba completa la formación del mecanismo superfísico en lo que respecta a la cabeza del cuerpo astral; sin embargo, no podía ella operar en un nivel más bajo hasta que el cuerpo físico no estuviera lo suficientemente desarrollado.

El centro de la saeta de luz penetraba en la cabeza por la fontanela anterior, y el resto de ella flotaba por encima y a través del cuerpo físico. Cuando el corazón de la saeta llegó a la posición correspondiente a la glándula pineal, agrandose hasta el tamaño de un bulbo que incluía tanto la glándula pituitaria como la pineal.

Los ventrículos del cerebro estaban en verdad inactivos por este tiempo, al paso que las glándulas pituitaria y pineal estaban completamente formadas. Había indicaciones de tres líneas de fuerza que funcionaban dentro del bulbo en la extremidad de la saeta que descendía. Dos de ellas penetraban las glándulas pituitaria y pineal, respectivamente, en tanto que la tercera fluía en dirección de las vértebras atlas.

El doble etérico del cuerpo pituitario tenía la forma aproximada de un botón de tulipán, con los pétalos ligeramente arqueados hacia afuera en la parte superior para formar una abertura para que la corriente fluyese por allí. La saeta de luz brillaba más intensamente en aquella extremidad, y el contorno del embrionario chakra “ajna” era visible dentro del doble etérico, semejándose un poco a una caña hueca llena de médula, a través de la cual la corriente de fuerza descendente era incapaz de pasar. El punto por el cual el chakra deja el cuerpo pituitario estaba cerrado por la pared etérica o piel de la glándula misma.

La glándula pineal estaba en la misma condición, pero la luminosidad era mayor y producía el efecto de una lengua puntiaguda de llama en la que se veía un tenue azul. El pasaje eterice que comunicaba esos dos centros con la fontanela anterior estaba cerrado por la materia del doble etérico de manera similar a la que se observó en el chakra “ajna”, aunque aquí las

partículas estaban en condición más activa, y la médula menos densa, como si la vida egoica la magnetizara y produjera una frecuencia vibratoria más rápida. Las partículas en el interior hallábanse aisladas del resto del doble etérico por la pared etérica del pasaje.

El tercer flujo corriente cerebroespinal no fluía libremente todavía al descender por la espina dorsal. Desde la base del bulbo central en la cabeza, innúmeras raicillas o ramales se extendían en descenso hacia el doble etérico de la garganta.

A través de ellas fluía la fuerza y descendía por la garganta hasta la altura del corazón, donde había otro crecimiento en forma de bulbo, pero más pequeño y similar al de la cabeza, que ocupaba un espacio aproximado de un cuarto del espacio cúbico del corazón.

Por este tiempo los chakras astrales eran visibles y estaban ya relativamente en yuxtaposición con los cuatro centros físicos arriba mencionados, pero solamente la glándula pineal y el chakra Bramahranda parecían estar completamente ajustados y conectados. Sin embargo, no había aún conexión orgánica alguna o flujo de fuerza. Los centros etéricos estaban dentro del campo magnético de los chakras astrales, pero no funcionaban todavía como acontece después del nacimiento.

CAPÍTULO XI

LA PROXIMIDAD DEL NACIMIENTO

Una observación final del caso que proveyó la mayor parte del material contenido en estas descripciones se hizo una hora y media antes del nacimiento. Parecía que por ese tiempo los ángeles del mental superior y del mental inferior se habían separado de su asociación con el ego y sus nuevos cuerpos: habían terminado su trabajo y su presencia ya no era necesaria.

El ángel astral había partido también, pero la forma mental de Nuestra Señora permanecía. No la vivificaba más la conciencia del ángel astral constructor, sino la de Nuestra Bendita Señora Misma. La Imagen estaba ahora separada de la madre y del niño, al lado izquierdo, próxima a la cabecera del lecho, inclinada sobre la madre en actitud de suprema ternura y protección.

Esta presencia de María, Nuestra Señora, impedía que los cuerpos mental y emocional de la madre vibraran en respuesta al dolor más allá de un grado compatible con la resistencia de la conciencia personal en el cuerpo físico. El dolor no podía calmarse sino hasta cierto punto, pero sus efectos sobre los cuerpos sutiles se habían reducido al mínimo. En verdad, gracias a Su Presencia, la conciencia personal de la madre se mantuvo en estado de equilibrio y calma, a pesar del agudo sufrimiento físico. La madre y el niño estaban protegidos dentro de una atmósfera de fuerza espiritual y esplendor que irradiaban de Su augusta Presencia: y así los mantuvo Ella hasta el fin del alumbramiento.

En los planos internos la habitación estaba impregnada de una atmósfera de santidad y paz. Ángeles servidores de Nuestra Señora estaban presentes, y tanto la madre como el niño recibían las irradiaciones de Su amor y Sus bendiciones. Al aproximarse el momento del alumbramiento. Su forma comenzó a refulgir con esplendor creciente y aumentar en tamaño, al mismo tiempo que más y más Su conciencia se manifestaba en ella y mayor suma de Su vida y Su luz y bendiciones descendían sobre la madre y el niño.

Al terminar el alumbramiento Nuestra Señora se retiró. La imagen, sin embargo, se desintegraba lentamente; este proceso duró de ocho a diez horas.

Después de que los ángeles se retiraron y el proceso del parto había comenzado, el contacto del ego con el cuerpo físico disminuía perceptiblemente, e inmediatamente después del alumbramiento había desaparecido por completo. Se puede asumir, por lo tanto, que el hecho de estar los vehículos sutiles del niño en el vientre de la madre y protegido por los ángeles, capacita al ego para obtener contacto más estrecho con su nuevo cuerpo físico que después del nacimiento.

Ese cambio lo sentía muy distintamente el ego, pues él experimentaba una sensación perdida y percibía su completa inhabilidad de funcionar completamente en su nuevo cuerpo o de poder afectarlo. La conexión entre ellos era todavía visible momentos antes del parto, y la saeta luminosa podía verse atravesando la fontanela anterior. Esta saeta luminosa consistía ahora, sin embargo, de mucho más energías superfísicas que de conciencia egoica, la cual por este tiempo no descendía más abajo del nivel astral. Los cuerpos físicos y etéricos eran incapaces, por entonces, de transmitir la fuerza de la conciencia egoica.

Después del nacimiento, el ego debe tomar a su cargo la tarea de aprender gradualmente a obtener por si mismo aquello que la presencia de los ángeles y la inmersión en el aura de la madre le había hecho posible durante el período intrauterino.

Con esta última observación terminan mis investigaciones sobre este importante asunto. Reconozco la necesidad de ulteriores investigaciones antes de que los principios sugeridos en virtud de este estudio puedan quedar plenamente establecidos y comprendidos. Por lo tanto, este trabajo es limitado e incompleto. Lo ofrezco en su presente forma con la esperanza de que otros estudiantes tomen a su cargo la tarea de ulteriores búsquedas e investigaciones, y que yo mismo tenga otra vez el privilegio de observar otros casos de tan importantísimo periodo de la vida.